

# La balsa de Ayegui

En el pueblo de Ayegui, bajo los enormes huecos dejados por la extracción de piedra para la calera, muy cercanos a la carretera, hay unos huertecillos que circundan la famosa balsa de Ayegui. Es creencia popular de los habitantes del pueblo y de la comarca que la balsa es portadora de funestos presagios; casi siempre está vacía, pero cuando se inunda, llenando de agua incluso los terrenos de la carretera, algo irremediable va a ocurrir: el desastre o la guerra es más que esperado. Las últimas veces que se vio llena fue precisamente en víspera de la segunda guerra mundial y cuando la guerra civil de 1936.

Otros pozos y simas tienen en la zona la misma horrible fama: la sima de Igúzquiza y el pozo de Arbeiza. En la sima de Igúzquiza, a pesar de que está constatado que su formación es relativamente reciente, unos doscientos años, se acumulan tristes historias. La más conocida es la referente al guerrillero carlista Rosas Samaniego, que operaba en las cercanías de Estella con su partida, de la que formaba parte Ezequiel Lo rente, soldado tudelano alias "el Jergón". Las fechorías del Jergón, aumentadas por él mismo dado su talante bravucón y fanfarrón, quedaron en la memoria de los vecinos. Presumía de que cada vuelta que se daba a la garra del pantalón significaba que había arrojado con sus propias manos algún "guiri" (liberal) a la sima, y con orgullo enseñaba los pantalones con cuatro o cinco vueltas arrolladas. No sabemos qué había de cierto en semejantes baladronadas, pero finalizada la guerra el Jergón fue ajusticiado en la misma boca de la sima a pesar de que entonces confesó que jamás había estado en el lugar donde iba a encontrar la muerte.



A la formación del pozo de Arbeiza se le atribuye la siguiente historia: en tiempos antiguos, en el lugar que ocupa el pozo había un hermoso palacio cuyo dueño tenía el corazón cerrado a la caridad; su fiero carácter, recrudescido por la muerte de su joven esposa, le hizo ser aborrecido por la nobleza y temido por sus vasallos; organizaba orgías que eran continuas y se hizo merecedor de un castigo del cielo. Tenía este caballero dos hijas; una, Leonor, fea y de mal carácter como su padre, la orra, Blanca, rubia, hermosa y amable como su madre. Pero en el mismo lugar que los dos malvados personajes vivían Blanca y un criado bueno y fiel llamado Pelayo, que no merecían la ejemplar condena. Una tarde clara de primavera apareció un mendigo implorando caridad. Blanca, a espaldas de su padre y hermana, se apresuró a socorrerlo. El mendigo era en realidad un mensajero del cielo y le avisó que Pelayo y ella se fueran del palacio porque una terrible tormenta de rayos y fuego haría desaparecer el lugar. A la caída de la tarde, la joven y su criado se fueron a Igúzquiza. Por el camino veían cómo la tormenta descargaba rayos que envolvían en fuego el palacio, destruyéndolo para siempre. A la mañana siguiente los habitantes de los pueblos cercanos pudieron ver un oscuro y enorme pozo en el lugar donde estaba la preciosa mansión.

Se dice que la balsa de Ayegui, la sima de Igúzquiza y el pozo de Arbeiza se comunican entre sí.